

Cuando entro en la sala de conferencias hay una luz escasa que proviene de lámparas camufladas en los techos, pinturas insustanciales en las paredes, un escenario con grandes cortinas, butacas rojas, que a simple vista parecen de piel sintética y un puñado de hombres y mujeres. También huele a vacío, a moqueta y al spray de rosas con el que han rociado el lugar para darle algo de vida. Pienso que va a ser una tarde más, sin chicha ni sorpresas y es que hace tiempo que los días se me hacen largos y tediosos, que no encuentro la llave de lo inusual. Hay un momento en que te empiezas a aburrir y no sabes cuándo ni dónde cruzaste esa línea, pero pasa y lo que es peor, lo asumes como si fuera una enfermedad, algo inevitable. En otras palabras, vivo atascado. Debe de tener que ver con la edad, supongo. Nada más entrar me acomodo. Me siento en el mismo centro, frente a los ponentes, en la primera fila. Me gusta ponerme siempre en la línea de fuego. Allí nada, nadie me distrae: un rostro, un moño, el tinte de una cabellera, el color de una camisa, una nuca, un perfume, alguien que consulta el teléfono móvil,... Estás tú y el mensaje que llega diáfano, en este caso el de una mujer en la treintena que diserta sobre las nuevas tecnologías y la venta on line.

- ... y las tácticas para atraer a los compradores son diversas, como hemos comentado. Temporalidad: Una oferta válida sólo este fin de semana, por ejemplo. Precio: baratos, llamativos,... Stocks: Sólo nos quedan estos vestidos. No hay más... Hay que transmitir que están ante una oportunidad única o clave, por eso...

Habla y se expresa con naturalidad y energía. Actúa convencida, da la debida pausa a sus frases y se mueve con agilidad por el escenario sobre sus largos tacones de aguja. Sus piernas son casi eternas sobre ellos y difícil guardar el equilibrio. Habla sentada, pero se levanta cada vez que

intuye que el público se está despistando o porque, sabedora de sus encantos, le gusta mostrarlos, exhibir su silueta. Lleva un vestido de encaje negro con detalles de pedrería, exquisito y adecuado porque deja también ver sus curvas. A veces, su disculpa para *taconear* consiste en señalar algo en la pantalla del monitor que hay situado a un lado del escenario. Pero aunque de ella me atrae su speech, sus modales, su fisonomía, son sus ojos y más que estos, su mirada, lo que me llama la atención. Observa sin arrogancia, sin recelo, despreocupada, abriéndote los brazos. Lo sé porque sus ojos y los míos se rozan de continuo. Pienso: “Claro, acabo de sentarme y me ha seguido, o puede que le guste mi corbata, beige con motivos azulados. Tranqui – continuo con la reflexión -, es normal, busca en quien apoyarse para sentirse cómoda, domina las técnicas de hablar en público y ha creído que le serviría como refugio”. Pero me dedico unos minutos más a ver qué y cómo lo hace y no, sus ojos pasean por donde le place, aunque recurra a mí de continuo, como si le intrigara algo que llevo puesto o que quizás haga sin darme cuenta. “¿Estaré despeinado? Bah –me digo-, te estás montando una peli con este asunto”. Poco después, es más el interés que tengo en ella que en lo que dice. “Es que está muy bien, es mona, no es guapa, es atractiva; parece alta, tacones aparte, tiene las piernas algo gruesas, pero bonitas, y es pelirroja y de ojos grandes, castaños, melena larga y rizada, uhmmm, sí, uf ¡qué deliciosa sonrisa!...”, voy diciéndome mientras nos miramos, metros de por medio, y ella comienza a perder el hilo, distraída. “Vaya, la estoy poniendo nerviosa”, me digo, y comienzo a dejarla en paz, mirando hacia otro lado, con lo que ella recobra la serenidad. Pronto advierto que estoy dialogando sobre ella conmigo mismo como si la situación que me he montado en la cabeza

fuera real, que lo es, no me cabe ninguna duda. “*Mírala fijo de nuevo y haz que se confunda*”, me auto ordeno, y lo hago y pasa: Vuelve a perder el hilo y se lleva la mano a la frente sonriendo, pidiendo perdón por el lapsus.

¿Curioso, verdad? ¿Sí? ¿No? ¿Y si dijera que ella y yo comenzamos así un apasionado romance...?

.....

Situémonos en el mapa. Me llamo Jonás Redondo Martín, estoy casado, tengo un hijo, formamos una familia bien avenida pero escasa de emociones y la salsa de la vida la paladeo últimamente con mi speaker favorita, sí, la misma que acabo de presentar. Se llama Sofía y Pérez Pérez son sus apellidos. Veréis lo que me pasa con ella: que si pienso en alguien, es ella la primera persona que me viene a la cabeza y que cuando me despierto, allí está ella, en la mente, sonriéndome. Si me ducho, ella es la que me frota la espalda con solo cerrar los ojos. Si me duele algo, es ella quien trata de calmarme con su suave voz. Nos vemos poco, pero siempre estamos juntos. Así ha sido desde entonces, desde que en aquella conferencia nuestros ojos nos delataron, y de aquello ya ha pasado un tiempo.

¿Fue amor a primera vista? ¿Existe tal amor? ¿Existe el amor? ¿Cómo llamar entonces a lo que nos une? Hasta que la conocí, a Sofía me refiero, ni me lo preguntaba. Ni siquiera recuerdo habérmelo preguntado con Pepa, mi esposa. Quizás se deba a que lo he olvidado o a que he olvidado cómo es, qué pasa, qué se siente cuando alguien se te mete así en la cabeza. Sólo hay que verla reír. Cada vez que lo hace se detiene el segundero, deja de hacer tic tac. Rezo para que esto no acabe nunca.

Tengo que admitirlo, Sofia ha puesto mi modelo de vida patas arriba. No sabría decir cómo ni por qué pero ella y su manera de moverse, de asentir, de parpadear, de sugerir que la escuches, no sólo ha hecho añicos mi coraza, forjada minuto a minuto durante los últimos veintitantos años, también me ha devuelto las ganas de volver a empezar cualquier cosa que se me ponga entre ceja y ceja, como si tuviera diecisiete. Como si estuviera soltero, cuando estoy casado desde hace lo que parecen siglos. ¿Cómo se llama lo que me está pasando? Estupidez, dirían algunos, y con razón, probablemente. ¿Dónde se vende ese producto que puede cambiar tu vida con una mirada?, me preguntarían otros, vívamente interesados. ¿Por qué esta sustancia es adictiva?, me planteo yo.

.....

Aquel acto en el que la conozco me resulta interminable. Todos quieren preguntarle algo al finalizar, desde sus asientos, y ella responde, locuaz y amable, mientras me vigila, sí, me observa, pienso que hasta con descaro, para que no me quepa duda. Los dos sabemos que tenemos algo pendiente, al menos la curiosidad de conocernos. “*Mira que si te columpias. Ve con cuidado*”, me digo, cogiendo el micro que me da una azafata al levantarme, es mi turno para preguntar.

- Perdona, - digo, tuteándola a propósito -, tú presentación ha sido muy interesante, pero me quedo con las ganas de más. ¿Dónde puedo verte de nuevo? ¿Cuándo vuelves a exponer tu mensaje? – añado, con la intención de que me lea entre líneas-. ¿Hay algún libro tuyo que pueda consultar? - concluyo, y me siento.